



¿Cuándo la vio
por última vez?



**LEMONY
SNICKET**

ILUSTRACIONES DE SETH
TRADUCCIÓN DE PEPA DEVESA SEVA

laGalera

Título original:
All the Wrong Questions: When Did You See Her Last?

Primera edición: marzo de 2014

Adaptación de cubierta: Marquès, SL
Maquetación: Adriana Martínez

Edición: Marcelo E. Mazzanti
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Text published by arrangement with Charlotte Sheedy Literary Agency through International Editors Co., S.L. Spain. All rights reserved. Illustrations published by arrangement with Little, Brown, and Company, New York, New York, USA. All rights reserved.

Texto © 2013, Lemony Snicket
Ilustraciones © 2013, Seth
Traducción © 2014, Pepa Devesa
© 2014, la Galera, SAU Editorial
por la edición en lengua castellana

la Galera, SAU Editorial
Josep Pla 95, 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf
Mogoda, 29-31. Pol. Ind. Can Salvatella
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-1.407-2014
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5173-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.





CAPÍTULO 1

Un pueblo, una estatua y una persona secuestrada. Cuando estaba en el pueblo, me contrataron para rescatar a esa persona, y pensé que la estatua había desaparecido para siempre. Tenía casi trece años y me equivoqué. Me equivoqué en todo. Debería haberme preguntado cómo podía estar una persona desaparecida en dos lugares a la vez. Pero me hice la pregunta equivocada. Cuatro preguntas equivocadas, más o menos. Y en estas páginas relato la segunda.

PREGUNTAS EQUIVOCADAS

Hacía frío, era por la mañana y necesitaba un corte de pelo. Cuando necesitas cortarte el pelo, da la impresión de que no hay nadie que se preocupe por ti. En mi caso, era cierto. No había nadie que se preocupara por mí en el The Lost Arms, el hotel donde me encontraba hospedado. Mi habitación se llamaba suite Far East, aunque no era una suite, y la compartía con una mujer que se llamaba S. Theodora Markson, aunque no sabía qué significaba la S. No era una habitación agradable, e intentaba no pasar mucho tiempo allí, a no ser que estuviera durmiendo, intentando dormir, haciéndome el dormido o comiendo. Theodora cocinaba la mayoría de las comidas, aunque «cocinar» es una palabra demasiado sofisticada para lo que ella hacía, que era comprar comestibles de una tienda medio vacía que había a unas pocas manzanas y luego calentarlos en una placa eléctrica que se enchufaba en la pared. Aquella mañana el desayuno era un huevo frito, que Theodora me había servido sobre una toalla

¿CUÁNDO LA VIO POR ÚLTIMA VEZ?

de papel del lavabo. Siempre se olvidaba de comprar platos, aunque de vez en cuando se acordaba de echarme la culpa por dejar que se olvidara. Casi todo el huevo se pegó en el papel, así que no pude comer mucho, pero encontré una manzana que no estaba demasiado magullada y ahora estaba sentado en el vestíbulo del The Lost Arms con el corazón pegajoso de la manzana en la mano. No había mucho más en el vestíbulo. Había un hombre que se llamaba Prosper Lost, que llevaba el negocio con una sonrisa que me hacía retroceder como si hubiera un bicho extraño saliendo de un cajón, un teléfono en una pequeña cabina en un rincón que casi siempre estaba ocupado y una estatua de escayola de una mujer sin ropa ni brazos. Necesitaba un suéter, que fuera largo y sin mangas. Me gustaba sentarme bajo la estatua en el sucio sofá y pensar. Si queréis saber la verdad, pensaba en Ellington Feint, una chica con unas cejas curvadas de una forma extraña, como interrogaciones, ojos verdes y una sonrisa

PREGUNTAS EQUIVOCADAS

que podría querer decir cualquier cosa. Hacía un tiempo que no veía aquella sonrisa. Ellington Feint se había fugado, llevándose una estatua con la forma de la Bombinating Beast. La bestia era una criatura bastante terrible de los viejos mitos, con quien marineros y ciudadanos de a pie temían toparse. A mí lo único que me preocupaba era toparme con Ellington. No sabía dónde estaba ni dónde me la podría encontrar de nuevo. El teléfono sonó justo a tiempo.

—¿Hola? —dije.

Hubo una pausa estudiada antes de que oyera «buenos días».

—Buenos días —dijo—, estoy realizando una encuesta voluntaria. «Encuesta» significa que usted responderá a unas preguntas, y «voluntaria» significa...

—Sé lo que significa voluntaria —interrumpí, como era mi intención—. Significa que lo haré voluntariamente.

—Exacto, señor —dijo ella. Me chochaba

¿CUÁNDO LA VIO POR ÚLTIMA VEZ?

que mi hermana me llamase «señor»—. ¿Es buen momento ahora para responder a unas preguntas?

—Sí, tengo unos minutos —dije.

—La primera pregunta es cuántas personas viven actualmente en su domicilio.

Miré a Prosper Lost, que estaba al otro lado de la sala, de pie en su mostrador y mirándose las uñas. Pronto se daría cuenta de que yo estaba al teléfono y encontraría un motivo para colocarse en un lugar donde poder cotillear mejor.

—Vivo solo —dije—, pero solo por el momento.

—Sé exactamente lo que quiere decir. —Supe por la respuesta de mi hermana que ella también estaba en un lugar sin intimidad. Últimamente no era seguro hablar por teléfono, y no solo por los fisgones. Había un hombre que se llamaba Hangfire, un criminal que se había convertido en el centro de mis investigaciones. Hangfire tenía la enervante capacidad de imitar la voz de cualquiera, lo que significaba que nunca podías

PREGUNTAS EQUIVOCADAS

estar seguro de con quién hablabas por teléfono. Tampoco podías estar seguro de cuándo volvería a aparecer Hangfire o de qué estaría tramando. Definitivamente, había demasiadas cosas de las que no se podía estar seguro.

—De hecho —prosiguió mi hermana—, todo se ha vuelto tan complicado en mi propio domicilio que no estoy segura de poder ir más a la biblioteca.

—Siento oír eso —dije, que era el código para decir que sentías oír algo. Últimamente mi hermana y yo habíamos estado comunicándonos mediante el sistema bibliotecario. Ahora parecía que me estaba diciendo que esto ya no sería posible.

—La segunda pregunta es: ¿Prefiere visitar un museo solo o acompañado?

—Acompañado —dije rápidamente—. Nadie debería ir solo a un museo.

—¿Y si no encuentra a su compañero habitual —preguntó—, porque está muy lejos?

¿CUÁNDO LA VIO POR ÚLTIMA VEZ?

Me quedé un momento mirando fijamente el aparato receptor en mi mano, como si pudiera llegar a ver a través de los agujeritos hasta la ciudad, donde mi hermana estaba, como yo, trabajando de aprendiz.

—Entonces debe buscar otro compañero —dije—, antes que visitar un museo sola.

—¿Y si no hay ningún otro compañero adecuado? —dijo, y le cambió la voz, como si hubiera entrado alguien en la habitación—. Esa es mi tercera pregunta, señor.

—Entonces no debería ir al museo —dije, pero después a mí también me interrumpió la figura de S. Theodora Markson, que bajaba las escaleras. Su pelo llegaba antes, una maraña enredada como si varias melenas hubieran disputado un combate de lucha libre. Le seguía el resto de su persona, alta y de ceño fruncido.

Hay muchos misterios que nunca he resuelto, y el pelo de mi acompañante es quizás el más curioso de los casos sin resolver.

PREGUNTAS EQUIVOCADAS

—Pero, señor... —decía mi hermana, pero la tuve que volver a interrumpir.

—Dele recuerdos a Jacques de mi parte —dije, que era una frase que aquí significaba dos cosas. Una era «tengo que colgar». La otra cosa que significaba la frase era exactamente lo que decía.

—Ahí estás, Snicket —me dijo Theodora—. Te he estado buscando por todas partes. Es una desaparición.

—No es un caso de desaparición —dije, pacientemente—. Te he dicho que iba al vestíbulo.

—Ten un poco de cabeza —me dijo Theodora—. Sabes que no te escucho con mucha atención por la mañana, así que deberías hacer los ajustes necesarios. Si vas a estar en alguna parte por la mañana, dímelo por la tarde. Pero donde tú estás no es ni aquí ni allí. En cuanto a esta mañana, Snicket, somos *siguepistas*.

—¿Siguepistas?

—*Siguepistas* es un término que aquí significa «alguien que encuentra a personas desaparecidas»

¿CUÁNDO LA VIO POR ÚLTIMA VEZ?

y las devuelve a casa». Venga, Snicket, tenemos mucha prisa.

Theodora tenía un vocabulario impresionante, que puede ser encantador si lo usas en el momento adecuado. Pero si tienes mucha prisa y alguien usa algo como «siguepistas», que probablemente no vas a entender, entonces un vocabulario impresionante es bastante irritante. Otra forma de decirlo es que es enojoso. Otra forma de decirlo es que es enervante. Otra forma de decirlo es que es fastidioso. Otra forma de decirlo es que es exasperante. Otra forma de decirlo es que es engorroso. Otra forma de decirlo es que es vesicante. Otra forma de decirlo es que es molesto. Otra forma de decirlo es que es mortificante. Otra forma de decirlo es que es perturbador. Otra forma de decirlo es que es urticante o enloquecedor o emponzoñante o indignante o perturbador, o que lo saca a uno de quicio o que lo saca de sus casillas, o que lo pone de los nervios, o que le hace hervir la sangre, o que lo

PREGUNTAS EQUIVOCADAS

pone a uno a parir, o de mala hostia, o que te sienta como un tiro, o te toca las narices, o te pone de uñas, o hace que te subas por las paredes, y como se puede ver, también te hace perder tiempo cuando no hay tiempo que perder. Seguí a Theodora cuando salió del The Lost Arms hasta la acera donde había aparcado de cualquier manera su desvencijado descapotable. Se metió en el asiento del conductor y se puso el casco de cuero que siempre usaba cuando conducía, y que era el principal sospechoso de que su pelo tuviera siempre aquel aspecto tan extraño.

Estábamos en un pueblo que se llamaba Stain'd-by-the-Sea, que ya no estaba al lado del mar y tampoco era ya apenas un pueblo. Las calles eran muy tranquilas y la mayoría de edificios estaban vacíos, pero de vez en cuando se veían señales de vida en alguna parte. Pasamos por Hungry's, una cafetería que no había probado aún, y por la ventana pude ver las siluetas de varias personas que desayunaban. Pasamos por

Partial Foods, donde comprábamos la comida, y vi a un cliente o dos caminando entre las estanterías medio vacías. En el Café Black Cat había una silueta solitaria en el mostrador que presionaba tres botones automáticos que proporcionaban a los clientes café, pan o acceso al desván, que una vez fue un buen escondite. En este paseo también capté algo nuevo del pueblo, algo pegado en los lados de los postes de las farolas o en las tablas que bloqueaban las puertas y ventanas de las casas abandonadas. Incluso los buzones tenían pegados esos carteles, aunque desde la velocidad del descapotable solo podía leer una palabra.

—Este es un asunto crucial —decía Theodora—. Nos han dado este importante caso por nuestro éxito anterior con el robo de la estatua de la Bombinating Beast.

—Yo no lo llamaría éxito —dije.

—No me importa lo que tú lo llamarías —dijo Theodora—. Intenta ser más como tu predecesor, Snicket.

Estaba cansado de oír hablar sobre el aprendiz que me precedió. A Theodora le gustaba más, lo que me hacía pensar que era peor.

—Nos contrataron para devolver aquella estatua a su legítimo propietario —le recordé—, pero resultó ser una artimaña de Hangfire, y ahora tanto el objeto como el malo podrían estar en cualquier parte.

—Creo que solo estás loquito con esa chica, Eleanor —dijo Theodora—. La *cupidez* no es una cualidad deseable en un aprendiz, Snicket.

Yo no estaba seguro de lo que significaba «cupidez», pero venía de la palabra *Cupido*, el dios alado del amor, y Theodora usaba el tono de voz que todos usan cuando quieren chincar a los chicos que tienen amigas. Sentía que me ruborizaba y no quería decir su nombre, que no era Eleanor.

—Está en peligro —dije entonces— y prometí ayudarla.

—No te estás concentrando en la persona

¿CUÁNDO LA VIO POR ÚLTIMA VEZ?

adecuada —dijo Theodora, y me lanzó al regazo un sobre grande. El sobre tenía un lacre negro que ya estaba abierto. Dentro no había más que un trozo de papel con una foto de una muchacha varios años mayor que yo. Tenía el cabello tan rubio que parecía blanco y llevaba unas gafas que le hacían los ojos muy pequeños. Las gafas brillaban, o quizás solo reflejaban la luz del flash de la cámara. Su ropa parecía recién estrenada, con unas rayas blancas y negras como las de una cebra recién cepillada. Estaba de pie en lo que diría que era su habitación, que también parecía sin estrenar. Se veía el borde de una cama reluciente y un tocador brillante abarrotado de trofeos que parecían haberle entregado el día antes. La mayoría de trofeos que había visto tenían encima la figura de un atleta. Estos tenían formas coloridas y extrañas. Me recordaban a las ilustraciones de un libro de ciencias, de las que explican las cosas tan pequeñísimas que conforman el mundo. Lo único de la foto que no parecía recién estrenado

PREGUNTAS EQUIVOCADAS

era el gorro que llevaba, que era redondo y del color de una frambuesa, y el ceño fruncido de su expresión. Parecía que le desagradaba que le hicieran la foto, y también parecía usar esa expresión de disgusto con bastante frecuencia. En mayúsculas, bajo la chica del ceño fruncido, estaba su nombre, SRTA. CLEO KNIGHT, y en la parte superior del cartel había otra palabra en mayúsculas, en una letra mucho más grande. Era la misma palabra que había leído en las copias del mismo cartel que había por todo el pueblo.

DESAPARECIDA.

La palabra se refería a la chica, pero podría haberse referido a cualquier cosa de aquel pueblo. Ellington Feint se había desvanecido. El descapotable de Theodora pasaba a toda velocidad por manzanas enteras en las que negocios y personas habían desaparecido. Me di cuenta de que nos dirigíamos al edificio más alto del pueblo, una torre que tenía la forma de un boli enorme. En otros tiempos el pueblo había sido conocido por

¿CUÁNDO LA VIO POR ÚLTIMA VEZ?

producir la tinta más oscura del mundo, a partir de pulpos asustados que temblaban en unos pozos profundos que una vez hubo bajo el agua. Pero el mar también había sido drenado, dejando atrás solo una extensión anárquica e inquietante de algas que por algún motivo seguían viviendo, aun cuando el agua había desaparecido. Ahora ya quedaban pocos pulpos, y al final no quedaría más que toda aquella alga resplandeciente del Clusterous Forest. Pronto todo habrá desaparecido, Snicket, me dije. Tu acompañante tiene razón. Corre mucha prisa. Si no te apresuras a encontrar lo que se ha perdido, no quedará nada.